

Las sillas de madera alrededor de la mesa oblonga incrustan a cada uno en su relato liberador, ven en ella un ruego definitivo de escape, piden jugar con color y fabricar máscaras.

Anidan elementos inoportunos en los labios, no hay más inocencia que sentirse destituidos ante estos disfraces disparatados.

Los matorrales cercanos a los rieles carmesí al mediodía, braman algún ligero resuello. Advertir cual es el cansancio que nos anega y descarriar.

Cientos de miles de ojos arrancados en los bolsillos pueden verme cada uno de forma diferente a la que fui.

Los pequeños de blanco transitan por las veredas en una escena que no existe. Detrás de mí, hablan conexas y se burlan de cada particularidad...

La presión del agua helada desvencija mis articulaciones en un eclipse de granizo y me incrusta los grifos en la espina.

Creo tener los magullones donde se ramifican los pulmones.

Un lagarto de fuego y remolino disloca los cuerpos caídos en las duchas que parecen haber cambiado sus extremidades entre sí, al levantarse.

Vislumbro los objetos como si estuviese perdiendo la visión.

Cuando esgrimía el cabello naranja y crecían mis pechos todo era fulgor; los pómulos se encarnaban de gracia juvenil e inventaba un poco de vanidad, para arrepentirme, para tener algo que esconder. Desengaño por las cosas que dábamos por veraces, pretensión de yacer como alternativa, como cierta conmoción que estatifica el envidioso sistema que daña a los Dioses.

Una brisa de címbalos y flautas llega de lejos desafiando el repique de un tamborín.

Es un niño solitario, andando a través del flujo de bombas que estallan a sus flancos, mientras entona Ó sole mío... Ó sole mío...

Después no hay piedad, ni alcurnia y de a poco va cobijando como puede en esta inmaculada tentación excesiva, a decenas de conocidos